

## LA SEMANA SOCIAL DE PAMPLONA

La Semana Social de Pamplona (10-16 junio) ha significado un positivo avance en el arraigo y desarrollo de nuestras Semanas Sociales; esta es la impresión general recogida entre organizadores y asambleístas.

El tema designado, «*Por una Comunidad Internacional*», que pareció a muchos al principio excesivamente alejado de las más candentes cuestiones sociales, resultó a la postre de una gran fecundidad y oportunidad; subrayada ésta no sólo por la carta de Mons. Dell'Acqua al Presidente de las Semanas Sociales de España (5 de junio), sino indirectamente también por el discurso del Papa aquellos mismos días (13 de junio) al Congreso de Europa celebrado en Roma.

Tuvo ante todo esta Semana excelentes maestros, cuyas enseñanzas culminaron en las conferencias de Don Alberto Martín Artajo sobre «El cristianismo, la catolicidad y la comunidad internacional» y de Don José Larraz acerca de la «Conveniencia y necesidad de Europa». Magníficas también las conferencias de los Sres. Souviron, Santamaría y Otero Navascués; así como el discurso de clausura del Sr. Obispo de Córdoba.

No podemos entretenernos en la información —ya hecha por la prensa diaria— sobre el contenido de estas conferencias, ni menos sobre las numerosas lecciones de la Semana. Recordemos las de los teólogos Iturrioz, S. J. y Carro, O. P.: la del filósofo D. Juan Zaragüeta; las de los catedráticos, jurisconsultos y publicistas Trías de Bes, Solas, Sampetro, Riera, Zumalacárregui, García Valcárcel, García Pablos y tal vez algún otro que lamentaríamos omitir. Especialmente dignos de mención, además, el discurso del Sr. Nuncio en la sesión inaugural, el del Sr. Arzobispo de la Diócesis, el del Secretario, Dr. Bonet, en la sesión de clausura, y algunas intervenciones del Presidente de la Diputación y el Alcalde de Pamplona, para no hablar de los dirigentes de coloquios y de los muchos que con acierto en ellos intervinieron.

De toda esta multiplicidad de enseñanzas e intervenciones, surgió afirmado y aquilatado un conjunto de juicios, de convicciones, de actitudes, de propósitos en torno a esas grandes cuestiones, tan profundas y complejas como actuales e insoslayables, de la Comunidad Europea y la Comunidad Internacional. Resultado no desdeñable; porque, como decía el Sr. Santamaría, «la paz no puede establecerse sino sobre la base de un estado de

conciencia colectiva, que haga desaparecer los egoísmos, los odios e incompreensiones entre los pueblos». Razón por la cual, como corroboraba Martín Artajo, «debemos estar, como católicos, abiertamente en favor de la unidad de Europa y, en cuanto españoles, por la integración de nuestra Patria en la Unión Europea».

El pensamiento del Papa no puede ser más categórico en el sentido anteriormente enunciado, y así lo recuerda de nuevo la mencionada carta del Sustrituto de la Secretaría de Estado. «El católico —dice— no solamente puede, sino que debe trabajar por la realización de esa Comunidad, en formación aún, porque el ejemplo y el mandato del Divino Maestro constituyen para él una luz y una fuerza incomparables», como decía Su Santidad en el discurso a la XI Asamblea de Pax Romana, en 27 de abril de 1957. Y por lo que se refiere especialmente a España, sigue diciendo así la carta de Mons. Dell'Acqua: «Entre los pueblos preparados y llamados a esta labor en favor de la Comunidad Internacional, España ocupa un lugar preeminente. El catolicismo que ha vivido a través de su historia y el espíritu de renovación con que ahora lo desenvuelve; su fidelidad a las enseñanzas de la Cátedra de Pedro; la difusión de la verdadera fe entre multitud de naciones; ser patria de Francisco de Vitoria y Suárez, de los grandes teólogos juristas del siglo XVI, que supieron enseñar y aplicar como no lo hicieron otros, las normas del Derecho Internacional, son motivos para que en la hora presente, de acuerdo con su pasado, continúe trabajando con eficacia y generosidad de ánimo en la urgente empresa de la unión de los pueblos».

Tan interesantes tal vez como la misma elección de los temas fundamentales y su acertado desarrollo, resultaron en esta Semana los *coloquios*. Observación importantísima que sin duda habrán recogido y sabrán aprovechar los organizadores. Hubo alguna vez en ellos desviación de los temas elegidos, demasiada insistencia en determinados puntos de vista...; pero al fin hubo en ellos mucha vida y si apuntó quizá apasionadamente alguna dirección predominante, nos pareció noblemente apasionada y en definitiva provechosa en el conjunto de la Semana, por hacernos sentir a todos la viveza y urgencia de un núcleo de cuestiones inmediatas y prácticas en torno a la vida obrera, por debajo de las altas elucubraciones del Euratón y de las Naciones Unidas.

Ayudó también sin duda al éxito de la Semana Social de Pamplona la noble hospitalidad de su pueblo, justamente encarnada en sus autoridades, el Sr. Arzobispo, el Ayuntamiento y Diputación, y la Junta Local, tan dignamente presidida por el infatigable canónigo D. Alejandro Maisterrena.

Sin embargo, para decirlo todo y como glosa final, no queremos omitir nuestro juicio de que todavía no han logrado las Semanas Sociales de España la popularidad, autoridad e influjo que merecen. Su valor intrínseco, que en este caso de Pamplona aparecerá especialmente realzado por la publicación del volumen de trabajos correspondiente, no guarda relación con

su resonancia externa ni con la amplitud de cooperaciones que sería de desear. Deberían ser nuestras Semanas Sociales, como las de otros países menos obligados a ello, el gran encuentro anual de todos los dirigentes y paladines del catolicismo social español; y, a pesar de que en la Semana Social de Pamplona se han dado cita representantes de numerosas instituciones y de varias provincias, no pueden dejar de lamentarse aún demasiadas ausencias. Estamos todavía lejos, demasiado lejos, de lo que nuestras Semanas Sociales pueden ser; pero no debemos desconfiar de alcanzar la meta, y señalamos con gusto en este año un notable avance en la prosecución del camino emprendido.

M. M.

